

# Quasi apīs argumentosa

*Breve semblanza*

*del P. Jesús Castellano Cervera*

VICENTE MARTÍNEZ-BLAT, OCD

Apenas hebe aceptado el encargo de hacer este epítome biográfico del P. Jesús, mi mayor preocupación consistió en ver cómo me las arreglaba para evitar un comienzo estereotipado. Estando en éstas, la capítula de tercia del día siguiente vino en mi auxilio suministrándome el comienzo apropiado merced a este texto del Apóstol: “Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor” (Rm 14, 7-9).

¡Estupendo resumen de la trayectoria vital del P. Castellano, quien murió para el Señor! No fue casual que su óbito acaeciera significativamente en la solemnidad del *Corpus Christi*, fiesta en que la Iglesia celebra el misterio eucarístico como memorial de la muerte salvadora de Cristo. El 28 de mayo de su primer año en Roma había escrito: “Yo quiero matarme a trabajar por tu gloria, por la Iglesia, por la Orden”. Murió, pues, para el Señor. Pero también vivió para Él, y eso desde el día de su bautismo. De hecho se le impuso el nombre de Jesús. Y sabemos que este nombre no es tan usual en Italia como en España; de ahí que, cuando sus interlocutores romanos lo nombraban, lo hacían habitualmente con el apellido. A este respecto tenemos una anécdota bien elocuente: el actual Pontífice, Benedicto XVI, cuando era el cardenal Ratzinger, firmó dos nombramientos para el P. Jesús, y en ambos (en latín) se dirigió a él llamándole *Salvatorem* (Salvador, en español). Elegante y simpática perífrasis que confirma lo que acabamos de decir.

## **Entorno familiar y primeros años en el Carmelo**

La patria chica del P. Castellano fue la riente aldea de Villar del Arzobispo, enclavada en la serranía valenciana. Aldea riente, coqueta, hasta romántica; que así la percibe el viajero cuando se acerca a

ella desde Valencia, encaramada en un altozano, y doradas sus casitas blancas por el mortecino sol de cualquier época del año. Interesa resaltar que el P. Castellano fue oriundo de Valencia, porque Valencia ha sido cuna de claros e ilustres varones: Luis Vives (amigo de Erasmo y de Tomás Moro), san Vicente Ferrer, los Papas Calixto III y Alejandro VI; y, ya en nuestros días, Miró, Blasco Ibáñez y Azorín (literatos), Ribera, Sorolla, Segrelles y Pinazo (pintores), Benlliure (escultor), Calatrava (arquitecto), etc. La personalidad del P. Castellano entroncaría de un modo u otro con todos ellos: con el humanismo de Vives, con la facundia de Ferrer, con la cercanía y hasta familiaridad de los Papas, con el buen decir de los escritores y, finalmente, con la pasión por la belleza. Esto último manifestado repetidas veces tanto por su pasión por el esplendor de la liturgia como por su afición al arte místico de los iconos.

No obstante lo que antecede, habrá que decir que parte de su rica personalidad la adquirió por herencia genética. Su padre, que también se llamaba Jesús, fue un hombre de inteligencia asaz despierta y, aunque autodidacta, figuró como notable rapsoda popular. Gustaba de componer versos para recitarlos en las reuniones familiares. Por otra parte, don Jesús era funcionario del municipio villarense. Ejercía, además, como alguacil y pregonero oficial de los bandos, trompeta en ristre, por las encrucijadas del lugar. Todo eso explica que, cuando se jubiló, no pudiera dejar de escribir unos campechanos versos dedicados a su pueblo, una de cuyas estrofas decía aludiendo a su antiguo oficio: *Hacía olvidar muchas penas/ en las tardes que saltá/ trovando sobre los temas/ que sabía os divertían*. Por lo demás, el cronista de la villa, en la revista local "Ateneo", resumió la figura de don Jesús con estos esenciales trazos, precisamente el día de su jubilación: "Es un hombre vitalista, hiperactivo, interesado por todo, de espíritu abierto". Leyendo fuera de contexto semejantes elogios, uno no sabría a quién se estaba refiriendo el cronista: si al padre, al alguacil, o al hijo, el carmelita. Y es que siempre será mucha verdad aquello de que "de tal palo, tal astilla".

Conocida es de sobra la frase del filósofo Ortega y Gasset, según la cual: "Yo soy yo y mis circunstancias". Las circunstancias que rodearon la infancia del P. Castellano hicieron que llegara a ser sacerdote y, además, religioso carmelita. La primera "circunstancia" (empleamos este término para entendernos) es haber tenido por madre a la sensata doña Elisa. Sin duda que sin el talante espiritual de doña Elisa, con el que ella modeló religiosamente al P. Castellano, éste no habría sido sacerdote o, al menos, no el sacerdote que fue. Es él mismo quien lo certifica. En el archivo provincial de los carmelitas de Valencia se encuentra un dossier confeccionado personalmente, y que titula así: "Recuerdos de mi madre que voló al cielo". Es un

puñado de cartas de doña Elisa dirigidas a su hijo, estudiante en Roma. Y la colección se halla precedida por esta nota manuscrita del propio destinatario: "Hay madres que tienen espíritu sacerdotal y lo comunican a los hijos". Otra "circunstancia" favorable fue la existencia de un monasterio de monjas carmelitas en Villar. Gracias a las religiosas, el P. Castellano, en lugar de ir al seminario de Moncada (Valencia), encaminó sus pasos al colegio teresiano de Castellón. Él mismo lo dejó escrito: "Me sentía vinculado al convento desde hacía ya varios años, ya que mi vocación carmelitana nació al amparo de las Carmelitas Descalzas, que de vez en cuando se desplazaban desde Valencia para seguir el lento trabajo de edificar un Carmelo en Villar".

Aunque Castellón sólo distaba de su pueblo unos 70 km., al nuevo seminarista el traslado debió de parecerle fantástico, y ello no sólo por tratarse de otra provincia civil, sino también debido a lo arcaico de los transportes de entonces. Como, asimismo, debió de parecerle fabuloso el edificio donde iba a hacer sus estudios primarios, una majestuosa mole en forma de castillo moro, en las afueras de la ciudad, todo enjabelgado, rodeado de naranjales y desde cuyo salón de estudios se divisaba, a solos 4 km. de distancia, el recortado horizonte del azul mediterráneo. Mucho le ayudó este lugar al P. Castellano en sus estudios, como nos consta por las notas que obtenía al final de cada curso. Estando yo en plena redacción del presente escrito, pasé por nuestra comunidad de Valencia y pregunté a los Padres quién podía regalarme alguna anécdota interesante del P. Castellano. Uno, que había sido su condiscípulo, me dijo que lo que siempre le había impresionado más había sido este hecho: al final de cada curso, cuando se leían las notas en público, al alumno Jesús Castellano le llovían los sobresalientes. Tras oír esta confidencia, me dirigí al archivo provincial de los carmelitas para verificarlo, y constaté con mis propios ojos la verdad de lo que se me había dicho; y, además, por contera, di con otro dato curioso: todas las asignaturas del primer año se hallaban coronadas con el 100, la máxima calificación; todas menos una: la *Música*. Extraña paradoja, puesto que el P. Castellano ¡había formado parte de la banda de música de su pueblo tocando el clarinete con el aplauso de todos sus vecinos! Anécdotas aparte, recordemos que el aventajado alumno hizo los estudios de Humanidades en el Colegio Teresiano de 1953 a 1956.

De Castellón el postulante carmelita subía al "Desierto". Y se empleaba esta expresión porque el noviciado carmelitano (hoy es noviciado interprovincial para toda la Península Ibérica) se hallaba ubicado en el maravilloso escenario del Desierto de las Palmas. Este lugar es una joya de la Orden del Carmen. Algunos lo consideran un trasunto del Monte Carmelo. Fue fundado en 1694 como "desierto"

para la naciente Provincia de Aragón y Valencia. En 1834, cuando la exclaustración de las órdenes religiosas de España, fue el único monasterio que no sufrió las consecuencias de tales leyes. Y ello en atención a los servicios prestados por sus moradores a la población civil durante la peste que poco antes había assolado la región. Cuando el P. Castellano fue novicio, el lugar se conservaba bastante aislado, en pleno monte, a 14 km de Castellón, y apenas accesible para el viajero que se le ocurriera perderse por aquellos parajes. Hoy día se ha transformado bastante: una carretera circular lo comunica con Castellón y Benicasim; en 1970 se erigió en un ala del monasterio el Centro de Espiritualidad "Santa Teresa"; se abrió también un museo conventual, y cerca del monasterio las Carmelitas Misioneras tienen una Casa de oración. Aunque todas estas cosas no existían en tiempos del P. Castellano, él sí que pudo recrear su vista con la contemplación diaria del cercano mar mediterráneo que se vislumbraba nítidamente desde las celdas del noviciado, sí que le fue dado alimentar su memoria piadosa con el recuerdo de los mártires del Desierto (beatificados recientemente), y que reposan en la cripta aledaña a la iglesia; y sí que tuvo el privilegio de fomentar sus generosos impulsos de perfección al contacto con los lugares que fueron santificados por la presencia de grandes personajes para quienes el Desierto fue como su segunda morada: san Enrique de Ossó, fundador de las Teresianas, quien compuso varios de sus escritos en la ermita de santa Teresa a dos pasos del monasterio; el Beato Manuel Domingo y Sol, que fundó en la sala capitular del convento la Hermandad de los Operarios diocesanos; el Venerable José Serra, que falleció en el monasterio, y fue el fundador de la Congregación de las Oblatas del Redentor; el franciscano Fray Humilde Soria, cuya causa de canonización está en marcha, y que recaló por el Desierto con intención de hacerse carmelita. En fin, todo esto para concluir que nuestro novicio, el P. Castellano, profesó en 1957 en el célebre Desierto de las Palmas tomando el nombre de fray Benjamín de la Reina de la Paz, Patrona de su pueblo.

Que el P. Castellano se sintiera siempre muy agradecido a la formación religiosa recibida en el Desierto lo acreditan estos dos hechos: primero, en el museo conventual se alojan varios objetos religiosos donados generosamente por él; y segundo: siempre que podía se dejaba caer por su antiguo noviciado; querido, eso sí, por los sucesivos Directores del Centro "Santa Teresa", para dar cursos de vida espiritual o alguna tanda de Ejercicios. Y, al respecto, he aquí una anécdota bastante ilustrativa. Me contó el P. Provincial de los carmelitas que un día del mes de abril del 2006 habló con el P. Castellano por teléfono para saber si podía dar algunas charlas en el Centro durante el mes de septiembre; le contestó que tenía la agenda

muy apretada, pero que, por tratarse del Desierto, buscaría un huequecito; quedaron en concretar las fechas y temas a la vuelta del Provincial de su visita a las misiones africanas. Y el día en que el Provincial iba a emprender su regreso a España, tuvo que cambiar el billete para trasladarse a Roma, pues acababan de comunicarle el súbito fallecimiento del P. Jesús.

Si de Castellón se subía al Desierto, de éste se bajaba a Valencia. En Valencia – la llana, la dos veces leal, una exquisita perla del Mediterráneo – hizo el P. Castellano sus estudios filosóficos de 1957 a 1960. Valencia es una ciudad especialmente eucarística. La ciudad conserva una venerable tradición que afirma que en su catedral se conserva el cáliz de la cena del Señor; y en ella se celebra una procesión, verdaderamente única, en la solemnidad del Corpus. Además, en Valencia existe desde el siglo XVI el célebre Colegio del Patriarca, fundado por san Juan de Ribera, y que tuvo desde sus orígenes como finalidad el culto eucarístico, que es realizado primordialmente por un grupo de sacerdotes “ad hoc”. Los estudiantes carmelitas visitaban con frecuencia estos lugares. Es muy probable que ello influyera lo suyo en la dedicación posterior del P. Castellano a la liturgia y, en especial, a la Eucaristía.

### Vida y servicio eclesial en Roma

Si el P. Castellano hubiera proseguido los estudios dentro de su provincia carmelitana, de Valencia se habría trasladado a Zaragoza para el curso teológico. Pero no fue allí, sino al “Teresianum”, entonces Colegio Internacional de los Carmelitas Descalzos, donde le enviaron sus Superiores el año 1960. Aquí acometió sus estudios de teología con gran entusiasmo y no menores frutos. Así lo acreditan las calificaciones académicas que se conservan en el archivo de la Facultad, donde nos llama la atención el siguiente extremo: en las asignaturas Griego, Hebreo y Derecho canónico consiguió sendos 100, mientras que en *Eloquencia sacra* obtuvo la nota más baja. Ironías de la vida, puesto que el P. Castellano sería toda su vida un excelente hablista. En 1965 alcanzaba la Licenciatura. Tras la cual, hizo los cursos para la tesis doctoral que defendió un jueves, 20 de junio de 1968 obteniendo un 100 como nota conclusiva. A todo esto ya había sido ordenado sacerdote el 25 de abril de 1965.

*Timeo hóminem unius libri.* Con esta conocida frase latina se suele dar a entender que los verdaderos especialistas en cualquier materia (“hombres de un solo libro”) son gente temible, o sea, que gozan de una autoridad indiscutible en su especialidad. Tal fue el caso del P. Castellano: un auténtico especialista en teología sacra-

mentaria. Pero, caso insólito, fue también al mismo tiempo “hombre de otros libros”, es decir, especialista en varias materias. Él mismo se presentó así, en 1990, a la revista valenciana “Paraula”, que lo entrevistó: “Mi especialización en teología sacramentaria me ha abierto las puertas al estudio de la Liturgia y de la Espiritualidad litúrgica. Y trato de conjugar estas materias con otras especializaciones como los movimientos eclesiales modernos, la espiritualidad del oriente cristiano y todo lo que se refiere a la teología y a la pedagogía de la oración”. Así, pues, se consideraba especialista en cuatro campos por lo menos.

El primero, como germen de todos los demás, fue la liturgia. No por nada su tesis doctoral versó sobre este tema: “Presencia de Cristo en la Eucaristía”. Tesis que, actualizada, publicaría en español, poco antes de morir, en 2004, en la editorial valenciana *Edicep*, con el título: “El misterio de la Eucaristía”. También poco antes de morir participaría en el Congreso Eucarístico Internacional de Kinshasa, y años más tarde sería nombrado Consultor para los Congresos eucarísticos internacionales. Pero su conocimiento de la liturgia no se limitaba al misterio eucarístico. Escribió artículos magisteriales sobre los más diversos asuntos relacionados con la liturgia: el Misal Romano (fuente de espiritualidad), la Liturgia de las Horas (teología y espiritualidad), liturgia y vida espiritual (teología, celebración, experiencia), la vida como liturgia etc. Colaboró en varias revistas litúrgicas, como la catalana *Phase*; participó en la elaboración del *Nuovo Dizionario di Liturgia* (Roma 1984) con la aportación de cuatro voces; asistió a varias Jornadas nacionales de Liturgia, publicó varios libros sobre el mismo argumento: *Curso de espiritualidad litúrgica fundamental* (Madrid 1984), *El Año litúrgico, memorial de Cristo y mistagogia de la Iglesia* (Barcelona 1996), *Teología y espiritualidad litúrgica en el Catecismo de la Iglesia católica* (Valencia, 2005). Hay que destacar sobre todo su abnegado trabajo como Profesor ordinario de Liturgia en el “Teresianum”, donde estrenó la cátedra en 1969, o sea, al año siguiente de haber publicado su tesis; siendo nombrado poco después Profesor de Teología espiritual y Liturgia en la Sagrada Congregación para la Educación católica. Y antes de seguir, a modo de paréntesis y como contrapunto a todo lo expuesto, publiquemos esta singular historietta: pocos meses antes de que el P. Castellano iniciara, en Roma, su fulgurante carrera de profesor de teología y de acreditado escritor de espiritualidad, el Consejo Provincial de Valencia lo eligió *Magíster Spiritus Colegii nostri Caesaraugustani*. Afortunadamente, el Definitorio General de la Orden desestimó la petición, igual que haría años después cuando el Capítulo Provincial, reunido precisamente en el Desierto de las Palmas, lo eligiera Provincial.

Otra especialización del P. Castellano fue la espiritualidad de los movimientos eclesiales modernos. Sentía por ellos una mezcla de interés, fascinación y afecto. Lo cual se acentuaría en el Año Santo 1975. En tal fecha no sólo escribe un artículo fundamental: "Presencia de los movimientos de espiritualidad en el Jubileo del Año Santo", sino que colabora en el *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità* (Roma) con 14 voces, entre las cuales: Catecumenado, Cursos de cristiandad, Focolares, pentecostalismo, Taizé, Carlos de Foucauld. A los dos años – 1977 – daría un curso en el Instituto *Regina Mundi* con el título: "Liturgia y movimientos modernos de espiritualidad". Y tres años antes de morir publicaría en España una deliciosa obra con este sugestivo título: "Carismas para el tercer milenio" (traducido al italiano). Ahora bien, su interés por el tema se había ido gestando desde mucho tiempo atrás. Ya en 1968 había publicado: "Un movimiento espiritual de nuestro tiempo: Los Cursos de Cristiandad". Por lo demás, según el P. Castellano, todos estos movimientos habían surgido en el seno de la Iglesia contemporánea como un regalo del Espíritu. Por eso, en 1973, dictará este curso en Roma: "Maestros y movimientos de espiritualidad contemporánea: Taizé"; y cinco años después dará a luz este apasionante estudio: "Santa Teresa y la renovación carismática. Una confrontación necesaria" (Bogotá 1978). Finalmente, en los primeros años del tercer milenio escribirá: "René Voillaume y Hermanita Magdaleine" (2004), para completar el argumento dos años más tarde con "Carlos de Foucauld, un cristiano para el tercer milenio" (2006).

Pero, sin duda, el movimiento que le cautivó desde un principio fue el de los Focolares. Eso explica que en los años 1969 y 1970 simultaneara el comienzo de su magisterio con la asistencia a dos Mariópolis. Luego se involucraría personalmente en el Movimiento y escribiría varios artículos sobre su espiritualidad. De resultados de eso fue nombrado miembro de la Escuela Abbá, el grupo de reflexión teológica de Chiara Lubich. A Chiara le unió una gran amistad, fruto de la cual fue que ésta le pidiera prologar su libro: "L'Unità e Gesù abbandonato" (Roma, 1984), publicación que enseguida aparecería en varias lenguas.

Pasemos ahora a otra de las especializaciones preferidas del P. Castellano: la espiritualidad oriental. Disfrutaba con las celebraciones de rito oriental. De tanto en tanto se dejaba caer – para asistir a los oficios y asesorar a las religiosas – por el monasterio carmelitano de Saint Rémy, que seguían la liturgia bizantina. Asimismo, por ese mismo motivo, solía acudir a santa María in Cosmedin, sobre todo en la fiesta de la Epifanía. Conozco bien todo esto porque yo mismo lo acompañé a ambos lugares en sendas ocasiones. Por otro lado, me contó el P. Juan de Dios Morenilla (quien trabajara tantos años en

Roma como encargado de la formación permanente de las Carmelitas a través de los audiovisuales) que el P. Castellano tuvo siempre deseos de visitar el monasterio carmelita "Holy Annunciation" (USA) y ello por la espiritualidad oriental (rito bizantino) que en él se vivía. Para redondear todo esto, anotemos que participó en el II Simposio Inter Cristiano de Tesalónica (1993-1994), que realizó un viaje por el Oriente cristiano, el cual quedó plasmado en un extenso y emotivo relato: "Noticias e impresiones de un viajero por tierras de Lituania, Bielorrusia y Ucrania"; y que, en el año 2001, tuvo la dicha de vivir la Semana Santa en Rusia y, como él mismo dejó escrito, fue una gran alegría "el haber podido proclamar en lengua rusa la aclamación de la Vigilia pascual: ¡Lumen Christi! ¡Luz de Cristo!"

Pero ya hemos insinuado antes que acompañó todas esas vivencias con varias publicaciones con objeto de difundir la espiritualidad oriental. Dejando en el tintero la reseña de numerosos estudios y escritos al respecto, fijemos nuestra atención únicamente en un doble acontecimiento. Primero, la capilla "Redemptoris Mater" del Vaticano. Participó en su elaboración conceptual, gustaba de explicarla "in situ" a los más diversos grupos interesados en ello, y publicó un folleto descriptivo la mar de sugerente y oportuno. Y el segundo hecho: estando yo estudiando en el "Marianum", el P. Toniolo me abordó un día para proponerme la traducción al español del himno *Akathistos*, que estaba empeñado en difundir en las principales lenguas románicas. Cuando regresé al "Teresianum", se lo comuniqué al P. Castellano para pedir su colaboración. Pero a él le sedujo el proyecto de tal forma que me dijo que me despreocupara, que él se haría cargo. Fruto de su empeño es la traducción española que actualmente tenemos, y de cuyo texto uno no sabe qué admirar más: o la musicalidad o el primor de la traducción. Como confirmación de cuanto llevamos dicho, sírvanos el elogio que esculpió en cierta ocasión el famoso liturgista Aldazábal: "El profesor Castellano es un enamorado del oriente. Se puede decir que su fe cristiana respira – como Juan Pablo II querría que lo hiciera toda la Iglesia – a dos pulmones, el de la Iglesia occidental y el de la oriental".

La última especialización, de que nos habla el P. Castellano, es "todo lo referente a la teología y a la pedagogía de la oración". Seamos también aquí breves y limitémonos a resaltar los siguientes aspectos: escribió mucho sobre la oración, sobre todo a partir de las enseñanzas de santa Teresa; habló copiosamente sobre el tema, especialmente en los cursos y en las series de conferencias que le encargaban, así como en las diversas tandas de Ejercicios que dio a sacerdotes y religiosos; colaboró eficazmente en el importante documento de la Congregación para la doctrina de la fe: *Orationis formas* (1989), como lo atestigua el libro publicado por la misma Congregación:

*Orationis formas. Lettera e commenti* (Roma 1991); finalmente, supo quintaesenciar todo su ciencia oracional en estos dos espléndidos volúmenes: "Oración ante los iconos" (Barcelona 1993), concretamente en el capítulo: "Introducción teórico-práctica a la meditación con imágenes" y "Ripartire dalla preghiera" (Piacenza, 2001).

*Filii matrizant.* Así se expresaban los latinos: los hijos se parecen a la madre porque han sido plasmados por ella. Tal ocurrió en la vida del P. Castellano. A los pocos meses de llegar a Roma, recibió una carta de su madre en la que le decía: "No te creas ser más de los que han quedado en Zaragoza por haber tenido la suerte de estar en Roma y, al momento de llegar, ver al Sumo Pontífice, lo más grande del mundo". Llovía sobre mojado, como suele decirse. El P. Castellano jamás miraría por encima del hombro a ninguno de sus discípulos y, en cuanto a lo otro, tenemos el documento que él mismo nos dejó por escrito poco antes de morir: "Un día que me preguntó [el cardenal Ratzinger] cómo había venido yo a Roma, le contesté con sencillez: Eminencia, nosotros dos tenemos una vocación romana. Dios nos ha traído a Roma para dar aquí nuestra vida al servicio de la unidad y la universalidad de la Iglesia". Por supuesto que era totalmente sincero, pues se trataba de algo que había interiorizado desde los primeros días que pisó la Ciudad Eterna. En sus "Apuntes espirituales" del mes de mayo de 1961, ya se expresaba en estos términos: "El Papa, mi queridísimo Juan XXIII, le ha repetido insistentemente a N.P. General que espera mucho de los Carmelitas. Yo quiero hacer realidad los deseos del Vicario de Cristo, quiero matarme a trabajar por la Iglesia". Un amor y fidelidad tan ingenuos los traspasaría luego a los siguientes Pontífices. El anuncio-recordatorio de su ordenación sacerdotal lo hizo en una estampa que representa a Pablo VI de rodillas en actitud de profundo recogimiento. Y en varias ocasiones compartió con Juan Pablo II "la mesa del almuerzo" (expresión usada por el mismo Pontífice, según el P. Castellano) después de haber departido con el cardenal Ratzinger en "la mesa del trabajo". Y todos recordamos el gesto recíproco, tan cordial y afectuoso, el día que prestó obediencia en nombre de la vida religiosa al recién electo Benedicto XVI.

Semejante *sentire cum Ecclesia*, tan fiel, fue correspondido por la Jerarquía vaticana confiándole cargos de alta responsabilidad. He aquí una lista, desde luego incompleta:

1978: Consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

1982: Colabora en los discursos del Papa Juan Pablo II en su visita a España.

1984. Consultor de la Congregación para los Religiosos y los Institutos seculares.

1990: Consultor del Oficio de las celebraciones litúrgicas del Papa.

Desde 1995: Consultor del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos.

Miembro de la Comisión Pastoral del Gran Jubileo del Año 2000.

Consultor para el Pontificio Consejo de Laicos.

Consultor para la Congregación del Clero.

En sintonía con esta actividad, tan delicada y exigente, realizará otras que vinieron a ser complementarias. Así: se le pide colaborar con la Secretaría del Estado y con la Congregación para el Culto Divino; trabaja en la confección del Catecismo de la Iglesia Católica; prepara los "Lineamenta" del Sínodo sobre la Vida Religiosa y redacta, asimismo, los "Lineamenta" sobre los Obispos (en cuya ocasión fue nombrado "Adjutor Secretarii specialis", en 1994); colabora esporádicamente con el "Osservatore Romano" y habla con mucha frecuencia por "Radio Vaticana". Con razón, a raíz de su óbito, en la radio vaticana se emitirá una nota necrológica con el siguiente epígrafe: "Fallece el P. Jesús Castellano, un jornalero de Dios"; y un artículo del "Osservatore" ostentará este entrañable título: "Caro padre Gesù".

*Quasi apis argumentosa.* Con este apelativo (que a mí se me grabó en la mente cuando, en tiempos preconciatales, recitábamos el oficio divino de santa Cecilia) gustaba yo de llamar al P. Castellano, y alguna vez se lo puse por escrito epistolariamente. Para comprobar si era, o no, una "diligente abeja" en su quehacer ordinario, recordemos, siquiera a vuela pluma, algunas de sus múltiples actividades (además de las ya reseñadas) que, por su asiduidad e importancia constituyeran el nervio de su apostolado de la pluma. Agrupémoslas por secciones.

a) *Diccionarios.* Se hace presente en ellos aportando las voces propias de su variopinta especialización. Anotemos algunos: *Dizionario di Spiritualità dei Laici* (Milano, 1981), *Diccionario de espiritualidad* (Herder, 1983), *Nuevo diccionario de Espiritualidad* (Paulinas, 1983), *Diccionario Teológico Enciclopédico* (1993), *Diccionario de Teología Pastoral sanitaria* (1997), *Diccionario de Homilética* (1998), *Diccionario de los teólogos desde el siglo primero* (1998), *Dizionario del Concilio Vaticano II*, *Diccionario carmelitano* (en vías de publicación), etc.

b) *Introducciones.* No pocos escritores tenían a gala que el P. Castellano redactara la *Introducción* o *Prólogo* de sus obras. Conozco al menos una docena. Dos merecen destacarse: primero, la *Introducción* al libro de Chiara Lubich ya anotado antes; y, luego, la *Introducción* al libro de sor Lucía, *Gli appelli del messaggio di Fatima* (Roma, 2001), traducido a varias lenguas.

c) *Artículos*. Escribió un millar largo, concretamente 1112, salvo error u omisión del Archivero General de la Orden, P. Dionisio Tomás, que gentilmente me ha proporcionado este dato. Y en 171 revistas distintas. Recordándolas por orden alfabético, la primera se titula “Alfa y Omega”, y la postrera “Vocazioni”, órgano del centro nacional de vocaciones de Roma. En cuanto a la temática, tenemos artículos que van (por orden cronológico) desde algo muy teresiano: “Una mariposica blanca bien graciosa”, elaborado siendo aún estudiante de filosofía para la revista “Semilla” (Valencia, 1960) hasta lo que constituía el leit motiv de su magisterio: “Eucaristía y vida trinitaria: reflexiones sobre la experiencia eucarística de Chiara Lubich”, publicación póstuma.

d) *Libros*. Añadamos en este apartado sus libros, que no fueron tantos. Él mismo lo confesó llanamente en una entrevista que le hicieron en 1990: “He publicado muchísimos artículos en colaboraciones, pero pocos libros de tomo y lomo”. Es una gran verdad. Pues, aunque se han publicado 46 volúmenes (ya hemos citado algunos antes), no obstante, aproximadamente una mitad de ellos consisten en: traducciones de sus obras, recopilación de conferencias o tandas de ejercicios espirituales, escritos aún inéditos. Significativamente, su primer libro publicado fue “Guiones teresianos” (Valencia 1970), al que luego nos hemos de referir más ampliamente.

e) *Publicaciones menores*. Puestos a ser exhaustivos, recordemos otras producciones de menor empaque. Primero, los *Folios* de profesor (“dispense”, en italiano), auténticos borradores de posibles libros de tomo y lomo. Se conservan 42. El primero: “Liturgia e vita spirituale” (1969) para sus alumnos del *Teresianum*; el último, para el mismo auditorio: “Dottrina e messaggio de santa Teresa di Gesù, dottore della Chiesa” (2006). A continuación hemos de poner de relieve las *Recensiones* que, a veces, se convertían en preciosos documentos, en breves ensayos teológicos rezumantes de espiritualidad. Escribió 220 *Recensiones*. Y tanto la primera como la última, también muy relevantes. He aquí sus títulos: “K. Rahner. La Eucaristía y los hombres de hoy. Reflexiones espirituales y pastorales”, en “Ephemerides carmeliticae” (1967); luego: “De la espiritualidad a la mística”, en “Rivista di vita spirituale” (2005). La primera reseña la hizo antes de ser profesor del *Teresianum*; la última, un año antes de su muerte.

*Colligite fragmenta ne pereant*. Esta cita evangélica fue puesta por el P. Castellano como exergo de uno de sus libros. Siguiendo su consejo, recojamos nosotros ahora, no vayan a perderse en el olvido, algunas de sus otras actividades u obras, aunque fueran menos llamativas que las anteriores. Desempeña en el *Teresianum* diversos oficios: miembro del Consejo de la Facultad, Miembro de la Comisión para las publicaciones, Vicepresidente y Moderador del Instituto de

espiritualidad; dirige numerosas tesis de futuros Licenciados y Doctores; atiende espiritualmente a sacerdotes, religiosas y laicos que se confían a su dirección; participa normalmente en las Semanas de espiritualidad de la Facultad Teológica *Teresianum* de Roma, en las Jornadas de Liturgia de Barcelona y en las Semanas de Vida religiosa de Madrid; durante las vacaciones escolares imparte cursos en varias naciones de Latinoamérica; acude a diversos conventos de religiosas, sobre todo de carmelitas, para darles ejercicios o impartirles cursillos de espiritualidad; en 2004 es nombrado *Guta del Encuentro* de la "Asociación de Miembros de Curias Generalicias"; colabora en el Encuentro Internacional sobre santa Brígida (1993), en el "III Simposio del Clero" celebrado en Fátima (1999), en el Convenio sobre el 50 aniversario del doctorado de K. Wojtyla (1999), en las "Jornadas de las Causas de los Santos" del Escorial (2003); últimamente estaba ilusionado con asistir a la V Conferencia del CELAM, en *Aparecida*, a donde había sido invitado especialmente por la misma Presidencia del CELAM; de vez en cuando es entrevistado por la agencia romana de noticias "Zenit"; accede bondadosamente (¡como si le sobrara tiempo!) a escribir artículos para los Programas de las Fiestas Patronales de algunos pueblos de España, tales como Villar del Arzobispo, Cárcer, Alcázar de san Juan, etc.; y hasta redacta notas necrológicas de personajes ilustres, como la enviada a la revista *Phase* (2005) sobre su amigo, el servita P. Calabuig. Entre paréntesis: ambos ejemplares religiosos, el carmelita y el servita, eran muy grandes amigos y congeniaban estupendamente (tal vez, entre otras cosas, por ser de la misma tierra valenciana). ¡Cuántos textos marianos no compusieron al alimón – a fuer de liturgistas oficiales del Vaticano – con vocación de místicos orfebres! Yo me los imagino ahora en el cielo rivalizando en componer requiebros y ternezas a Nuestra Señora, de la que eran unos auténticos enamorados. Cierre del paréntesis.

Y todo este cúmulo de actividades, que acabamos de describir, sin descuidar la observancia religiosa, es decir, la fiel asistencia a los actos comunitarios del convento, siempre que le era posible. Según todo lo visto, ¿acaso es exagerado, y no es más bien un mínimo acto de justicia, darle al P. Castellano el título de *apis argumentosa*? Sin duda es eso mismo lo que quiso expresar el cronista de su pueblo cuando, aún en vida del P. Castellano, escribió lo siguiente: "Tiene una gran capacidad de trabajo: da clases, dirige tesis doctorales a los alumnos, escribe innumerables artículos en diversas revistas, da charlas, conferencias, ejercicios espirituales. Y aún le queda tiempo para atender a los conocidos que visitan Roma orientándoles sobre la ciudad".

*Contemplata aliis tradere.* En la fiesta de la Santísima Trinidad de

su primer año de Roma el P. Castellano había escrito: "Yo quisiera ser un predicador de ideas madres... Contemplata aliis tradere". La primera frase es original; la segunda es un eslogan tradicional en la orden carmelitana. Ahora bien: para predicar ideas madres y para dar a los otros lo que se ha contemplado, nada mejor, en el caso de un carmelita, que presentar de una manera atractiva la espiritualidad del Carmelo. Y a esta tarea se entregó el P. Castellano con todas sus fuerzas. Lo cual, curiosamente, ya había sido profetizado. En las testimoniales que se enviaron al Provincial de los Carmelitas con vistas al ingreso del P. Castellano en el Colegio Teresiano de Castellón, el párroco del pueblo escribió: "Ingenio y aptitud intelectual: *Sobresaliente*. Carácter: *Prudente, Observador*. Ciencia y conocimiento: *Muy estudioso*". Y el escrito concluía así: "Además, mirando las cosas de tejas abajo, nos parece una buena adquisición para la Orden carmelitana". (El documento no tiene fecha). ¡Envidiable clarividencia la del párroco de Villar, puesto que el alumno Jesús llegó a ser un carmelita de pro! Aunque sin provincianismos cicateros de ninguna clase. En una nota manuscrita de poco antes de morir, dejó dicho lo siguiente: "Soy un hombre universal y me precio de ello". Ahora bien, como buen carmelita, sintió antes que nada un doble deber: experimentar personalmente la protección maternal de María y constituirse en heraldo de su culto y devoción. Tenemos una prueba de todo ello en el simple hecho de haberse querido llamar desde el noviciado "Benjamín de la Reina de la Paz" y, más tarde, en el haberse comprometido formalmente con el Movimiento de los Focolares (la Obra de María). A mayor abundamiento recordemos cómo en su "Diario espiritual" amañó el siguiente texto bíblico, fiel reflejo de sus fervores de teólogo primerizo: *Magnificat anima mea Dominum, quia fecit mihi magna, et suscepit Benjamin puerum suum*.

No obstante esto, su magisterio mariano, tanto oral como escrito, debió de comenzar en una época relativamente tardía. Tengo para mí que hay que situar su despegue en torno al año 1974, a raíz de la *Marialis cultus*. A partir de estas fechas sus actuaciones marianas se encadenan imparablemente. Y comienza a participar tanto en los Congresos marianos internacionales (Roma, Czestochova, Zaragoza...), como en los Simposios Internacionales del "Marianum" de Roma; organizando, además, con el mismo "Marianum", el "Fine d'Anno con Maria" en las instalaciones del *Teresianum*. En 1989 se hace cargo de la cátedra de Mariología en el *Teresianum*. Y, por si todo esto fuera poco, trabaja a fin de que se introduzca en el texto del Catecismo el comentario del Avemaría; compone, en estrecha compenetración con el P. Calabuig, los textos de las misas de la Virgen; es autor de algunas intervenciones marianas de Juan Pablo II, como, por ejemplo, la oración a la Virgen de Suyapa, Patrona de Honduras.

Al mismo tiempo no deja de predicar con la pluma las glorias de María escribiendo sobre los temas más variados: la presencia de María en la liturgia, la Virgen María en la plegaria eucarística, el Espíritu Santo y la Virgen María, María la obra maestra de Dios, la encíclica "Redemptoris Mater" (4 artículos), Nuestra Señora del tiempo ordinario (4 artículos), María como modelo de perfección, qué piensa el Vaticano de las "apariciones" actuales de María, el arte de rezar el rosario, etc.

Después de María, los máximos representantes de la espiritualidad carmelitana son los tres grandes místicos de la Iglesia: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y Teresa de Lisieux. Ya dijimos antes que el primer libro del P. Castellano fue precisamente "Guiones teresianos", una obra ya clásica, y que ha tenido varias ediciones, siendo traducida, al menos que yo sepa, al italiano y al francés. En el *Teresianum* tenía seminarios muy apreciados sobre la espiritualidad teresiana. Se requirió su colaboración para la magna obra "Introducción a la lectura de santa Teresa" (Madrid, 1978). Y escribió varios artículos sobre la Mística Doctora, siendo digno de relieve el titulado "Memoria histórica y presencia eclesial de un alto y fecundo magisterio doctrinal", publicado en el "Osservatore romano" en 1995, en el XXV aniversario de la proclamación del doctorado de santa Teresa de Jesús. En suma, que el P. Castellano figuraba entre los tres o cuatro mayores teresianistas de su tiempo.

Su especialización en santa Teresa no hizo que se olvidara de los otros doctores místicos recién nombrados, ni, por supuesto, de los restantes autores carmelitas. Sobre san Juan de la Cruz (aparte varios artículos en revistas religiosas) hay que mencionar su maravilloso estudio a propósito de un icono que representa al Doctor Místico. Dicho estudio se imprimió en un artístico folleto, ampliamente divulgado, y que tiene este título: "De las tinieblas a la luz. Un icono de san Juan de la Cruz para orar" (2004). Con santa Teresita, la tercera doctora mística, el P. Castellano se comportó con la misma dedicación y cariño. Fue uno de los miembros de la Comisión en la *Positio* para el doctorado de la santa de Lisieux. Y, aparte los numerosos artículos que dio a la estampa sobre su espiritualidad, fue muy aplaudido por los especialistas el que apareció en la revista *Teresianum* con este título: "Eminens doctrina. Un requisito necesario para ser Doctor de la Iglesia" (1995). El artículo fue reproducido en varias revistas y traducido al francés. En fin, la última tesis que dirigió fue ésta: "La simbolica della natura nella teologia di santa Teresa di Lisieux" (2006). Suyo es el prólogo de esta publicación, y suyo también el gesto de regalármela personalmente a mi paso por Roma (poco antes de su muerte), ya que conocía de sobra mi afición a la bibliografía lexoviense.

Decía antes que tampoco se olvidó de otros autores carmelitas. En efecto, aún tuvo tiempo y arrestos para profundizar en la doctrina de sor Isabel de la Trinidad. Y así, aparte otros sustanciosos ensayos, colaboró en el volumen francés dedicado a la Beata con motivo del centenario de su muerte. Aparecido en el 2007 es, por lo tanto, otra de sus obras póstumas. Asimismo, se interesó por Edith Stein, participando en el Simposio Internacional sobre santa Teresa Benedicta de la Cruz (1998) y regalándonos algunos – pocos – artículos sobre ella. Tampoco escaparon de su afectuoso interés los siguientes autores carmelitas: santa Teresa de los Andes, Beata María de Jesús Crucificado, Beata María Candida de la Eucaristía, Sor Elías de san Clemente, sor Lucía de Fátima, María Eugenio del Niño Jesús, cuyo Instituto mimaba notoriamente: así lo demuestran sus periódicos desplazamientos a Venasque para iluminar con su palabra a los miembros y simpatizantes de “Notre Dame de Vie”.

### Post Scriptum

Hace unos años se publicó un libro titulado *Historia póstuma de santa Teresa de Lisieux*. En él se decía, entre otras cosas: “La escuela carmelitana ha contado siempre con grandes figuras. En nuestra época han descollado tres principalmente: el español Crisógono de J. S., el belga Gabriel de S. M. M. y el francés Bruno de J. M”. Si algún día esta obra fuera reeditada, debería actualizarse oportunamente enriqueciendo sus páginas con la tríada carmelitana del siglo XXI. No sé quiénes serían los tres integrantes de esa honrosa lista, pero, por lo menos, un nombre no podría faltar: el P. Jesús Castellano Cervera, fraile valenciano (oriundo de una tierra pródiga en Papas, santos y artistas); “homo unius libri” y, al mismo tiempo, hombre de muchos libros; consultor de siete dicasterios romanos y, al mismo tiempo, rara *apis argumentosa*, cuya única misión en esta vida parecía consistir en dar generosamente a los demás lo que él antes había contemplado. Todo lo cual hizo de su figura menuda en el cuerpo, pero gigante en el espíritu, una refulgente luminaria del Carmelo del tercer milenio.